

*Federico AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS*  
*Capitán de fragata de la Armada. Analista del IIEE.*

*Correo: faznfer@fn.mde.es*

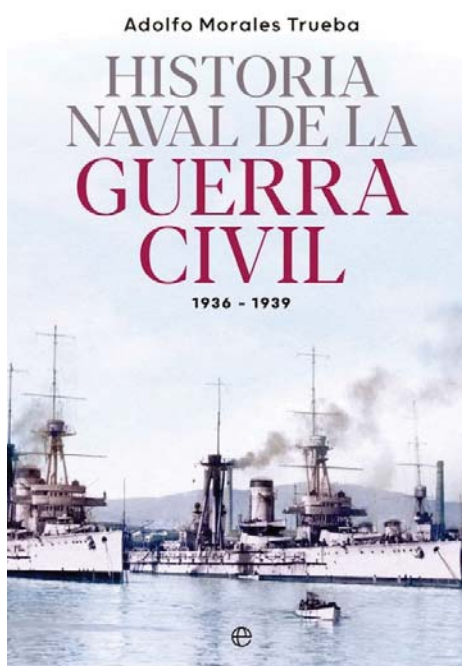
## RECENSIÓN

*HISTORIA NAVAL DE LA GUERRA CIVIL, 1936-1939*

*Adolfo Morales Trueba*

*Editorial: La Esfera de los Libros, 2023 (458) páginas*

*ISBN: 978-84-1384-554-8*



Escribía Freud en *El malestar en la Cultura*, que los grandes conflictos no se producen entre las grandes diferencias, sino entre las diferencias menores, de modo que, cuando menor es la diferencia entre las partes, paradójicamente, mayor es la violencia que se desata. La clave es que existe reconocimiento, diferenciación, pero no alteridad.

Por eso, los mayores conflictos son las guerras civiles, donde la violencia es extrema. Y una vez que esta se inicia, recordando a Carl Schmitt, trasciende sus causas, genera sus propias dinámicas y solo puede entenderse desde una lógica específicamente política.

España, pese a la relevancia económica de su costa – transporte, turismo, pesca...- y de ser una península -literalmente «casi una isla»- ignora los condicionantes que determina la geografía y no atiende adecuadamente a su dimensión marítima, aún pese a ser decisiva para su exitoso proyecto civilizatorio del pasado. El mar ni es visible ni interesa más allá de donde cubre. Y eso aun disponiendo de una importante flota pesquera.

El modelo estratégico de la España del siglo XVIII era el de un ejército que sumado al inglés fuera superior al francés; y la de una marina que sumada la francesa superase a la inglesa. Pero las derrotas de Trafalgar, primero, y el *Desastre del 98*, después, hicieron declinar la vocación naval del país, aunque los planes de Ferrándiz y Miranda le devolvieran en el siglo XX parte de su lustre.

La Historia es siempre maestra y anda en íntima relación con la estrategia. Y es que es mejor aprender de la experiencia del pasado y sus errores que reeditarlos desde el adanismo. Parafraseando a Mark Twain, la Historia no se repite, pero rima. Contradictoriamente de nuevo, solo la derrota y el fracaso enseñan; conviene, pues, estudiarlos. Humano, demasiado humano.

La Historia Naval ha sido, durante la mayor parte del siglo XX, un terreno entregado a la historiografía anglosajona, que, desde la magna obra del Capitán de Navío (también laureado; las armas y las letras) Cesáreo Fernández Duro, *La Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón* (8 tomos, 1894-1903 y reeditada aun de lectura muy recomendable), prácticamente, la ha escrito desde sus hitos, silencios y referencias; e, incluso, ha ensalzado acríticamente la instrumentación que de la Historia hizo el contralmirante Alfred T. Mahan en su célebre obra *La Influencia del Poder Naval en la Historia (1660-1783)*.

En este trabajo, publicado en 1890 y que no pocos citan, como se suele hacer con los grandes clásicos – esto es, sin habérselo leído -, se utiliza la Historia de España como contrapunto a la del Reino Unido con vistas a demostrar la superioridad del Poder Naval y sus posibilidades, dando cuerpo doctrinal y coherencia a los movimientos estratégicos realizados por los Estados Unidos en ese tiempo y difamando, de paso, a su rival estratégico de entonces.

Por otra parte, la Guerra Civil siempre ha contado con un notable interés del que se ha derivado una extensa literatura con la que se han abordado no pocos de sus aspectos más relevantes. Y no podría entenderse de otra manera, dado el desgarró que el referido

conflicto trajo consigo. El contrapunto es que, no pocas veces, esta historiografía parte de posiciones ideológicas o pretende ponerse al servicio de una causa cuando no juzgar el pasado desde claves actuales.

No obstante, el desarrollo de las operaciones navales y sus repercusiones estratégicas constituyen una excepción a lo expresado. Su abordaje se ha realizado presentando el ámbito naval como un teatro de operaciones secundario de una guerra fundamentalmente terrestre. Y eso, cuando o no es así, o no lo es completamente.

La Guerra Civil en la mar es un episodio apasionante que merece ser contado y conocido. La historia de la Marina de Guerra entre 1936 y 1939 implicó acciones de sus buques de superficie en la mar, de sus unidades de Infantería de Marina en los frentes terrestres, de sus aeronaves en los mares y cielos de la península y de sus submarinos bajo las aguas. Muchos marinos de ambos bandos perdieron la vida, y grandes unidades navales reposan desde entonces en las profundidades.

Ciertamente el teatro terrestre fue el decisivo, pero el ámbito naval, aunque descoordinado del terrestre, tuvo un papel relevante en un conflicto. Es un hecho, que los dos bandos dependían de la contribución de terceros países recibidas por este medio. Y también por el detalle, no menor, de que el grueso del Ejército sublevado se encontraba en África, es decir, al otro lado del mar. Y el papel de las fuerzas de origen marroquí no fue pequeño.

En cualquier caso, la problemática naval de la Guerra Civil se encuentra, desde una perspectiva académica, aun insuficientemente tratada y era necesario completar esa laguna historiográfica.

Así, han transcurrido más de 25 años desde el último gran trabajo sobre esta faceta del conflicto patrio, el de los hermanos Fernando y Salvador Moreno de Alborán y Reyna *La guerra silenciosa y silenciada*, editado en 1998. Y desde hace casi 40 años, probablemente, no se hacía con una extensión apta para el público en general.

Además, en los últimos años se ha accedido a documentación ignorada que ha permitido actualizar el análisis de la Guerra Civil en la mar con nuevos descubrimientos y aportaciones, dando así a conocer datos desconocidos.

El problema radica en que algunos hechos y actitudes distan de haber sido olvidados; es más, continúan levantan pasiones en el ámbito naval hasta el extremo de dificultar su tratamiento objetivo. No puede ser de otra manera pues, un conflicto civil como el referido, trasladado a una organización relativamente pequeña, generó tales ondas de dolor que estas aún hoy nos alcanzan. Tal cosa, durante largo tiempo, aconsejó el olvido como una suerte de terapia de superación. La guerra reconfiguró de facto unos escalafones que se mantienen hasta el día de hoy.

Y es que, en el *Escalafón de Oficiales del Cuerpo General*, en julio de 1936, había 721 oficiales. De ellos, en los primeros meses de la guerra, fueron ejecutados o asesinados, 255. Y separados del servicio por encontrarse, o presumirse que se encontraban, en situación de rebeldía, 357. Con lo que de ello se deduce que el 84,8% de los oficiales se

habían alzado contra la República. Como resultado sólo combatieron por la República 47 Oficiales del Cuerpo General (incluyendo a 3 guardiamarinas). El 6% del total del Escalafón.

La traslación de todo un conflicto social -materializado, en este caso, al que se daba entre los oficiales y las clases subalternas- al reducido espacio de un barco acentuó una polarización que dota a este de una naturaleza explosiva. La Armada, a diferencia del Ejército de Tierra, prácticamente – con el contraejemplo del Vicealmirante Topete y *La Gloriosa* - se había mantenido hasta la Guerra Civil ajena a los avatares intervencionistas de la vida política decimonónica, declarándose un cuerpo con un importante bagaje técnico o profesional en absoluto interesado por la política.

Pero tal cosa, no es ni nueva ni únicamente un producto de la cultura de este país y su idiosincrasia. Ahí está el célebre motín del acorazado *Potemkin* en 1905; la rebelión en la base de Helsingfors y las Escuelas de la marina en Kronstadt o de la flota del Báltico en 1917; la de la flota alemana en Kiel en 1918; en el *Jan Bart* y el *France* en 1919 para oponerse a la intervención contra los soviéticos; o, en el caso de la marina británica, el motín naval de Invergordon en 1931.

En fin, el libro que nos ocupa está escrito por un Oficial de Infantería de Marina, el Coronel D. Adolfo Morales Trueba, que también es miembro de la comunidad académica en su condición de doctor en Seguridad Internacional, título obtenido mediante una tesis doctoral sobre la política naval de la Segunda República.

El Coronel ha hecho converger en el objeto de esta recensión, un tema de naturaleza histórica con su formación militar y naval, lo que ha propiciado un producto rico, a partir de una aproximación hecha con la amplitud de miras que debe caracterizar a los oficiales de operaciones especiales.

La obra supone, a su vez, la traslación de su experiencia investigadora al ámbito divulgativo, dando a la solidez de su base un carácter accesible para el público en general. El resultado es un producto ameno y agradable de leer, que mejora nuestra comprensión de algo que comienza a ser ya lejano en el tiempo y por ello, más objetivamente analizable.

Su trabajo pretende ser desapasionado, esto es, huye de la emocionalidad como también lo hace de la política. Para ello busca un equilibrio y una ponderación que no ofendan al lector, cualquiera que sea su color político. A tal objeto, por un lado, dota a su discurso de una dimensión expositiva y plagada de datos y nombres, porque la guerra la hacen personas. Y por el otro, evita los juicios innecesarios y las calificaciones no profesionales; y sin ignorarlas, no sobreexpone ni las masacres ni la posterior represión para centrarse en las consecuencias estratégicas de las operaciones. El coste, eso sí, es privar del marco psicológico al proceso de la decisión, pero tampoco hubiera conseguido reproducirlo.

El mar, como siempre, casi invisible para los ciudadanos de este país, fue relevante en la guerra. Su continuación no hubiera sido posible para la República sin el abastecimiento soviético, que se debe reconocer, nunca fue interrumpido y

sólo experimentó percances relativamente leves y, en términos globales, irrelevantes. Y tampoco fue menor para los sublevados, que recibieron los convoyes y el apoyo material de Italia y Alemania. No obstante, la República, como sostiene el autor, con más medios, pudo hacer más, pero estaba falta de mandos competentes.

La relevancia del control del mar se pone particularmente de manifiesto con las consecuencias derivadas de su carencia. Tal es el caso, como detalla el Coronel Morales, del grave error estratégico cometido por la República, la cual, ante las dificultades de las fuerzas gubernamentales en el teatro Norte de operaciones, desplazó erróneamente los principales medios de la flota hacia el Cantábrico.

La sorpresa estratégica de la entrada en servicio - aunque no con todos sus medios operativos - del crucero *Canarias* el cual, junto con el *Almirante Cervera*, fue despachado al Estrecho en septiembre del 36, le otorgó al bando sublevado la superioridad en el área. Esta, se materializó, el 27 de septiembre, en el hundimiento del destructor *Almirante Ferrándiz*.

De esta manera, si, utilizando medios aéreos, entre el 18 de julio y el 31 de octubre, se trasladaron desde África al teatro peninsular 13.962 miembros del Ejército de Tierra, las mismas fuerzas sublevadas con la explotación del control táctico del Estrecho, y como enfatiza el autor, en apenas diez días, cruzaron por este medio 12.000 hombres junto con el material de guerra necesario.

Pero también debe ponerse en valor que, la República mantuvo el control de ese espacio hasta octubre, con lo que se impidió el cruce en masa del Ejército de África nada más comenzar la sublevación dándose así tiempo al gobierno a organizar la defensa de Madrid, lugar al que durante las primeras semanas de la guerra solo llegaron columnas ligeras y dotadas de efectivos limitados, lo que impidió una victoria rápida, como se pretendía.

No obstante, ambos bandos condujeron las operaciones, como nos demuestra el Coronel Morales a través de múltiples ejemplos, con una visión fuertemente terrestre, de modo que lo naval no se integró bien en el planeamiento general de estas operaciones. La estrategia naval fue relevante, y hubiera podido serlo aún más si ambos bandos se hubieran dado cuenta de su importancia y la hubieran integrado y otorgado la atención necesaria, algo que ninguno consiguió hacer.

Como refiere el autor, la conducción de la guerra naval estuvo más condicionada por los errores de ambos bandos que por sus aciertos. Los sublevados cometieron graves errores tácticos, de los que se derivaron resultados no menores: el hundimiento del acorazado *España*, el crucero *Baleares* o el transporte *Castillo de Olite* (2112 muertes que adolecían de necesidad militar). Pero los republicanos cayeron en fallos estratégicos u operacionales de gran calado, como renunciar al Estrecho o no hacer un esfuerzo mayor por ocupar Mallorca y, con ello, controlar el Mediterráneo Occidental.

La República, a pesar de disponer de la mayor parte de las unidades de la flota, no explotó la superioridad del material que tenía a su disposición. Competencia

profesional y fidelidad pertenecen a ámbitos diferentes. Una no suple a la otra por más que se requieran las dos.

Además, entre las múltiples lecciones que caben extraerse de este trabajo es que la guerra es una actividad política pero que se desarrolla en el plano de lo militar, razón por la que requiere una capacitación técnica en todos los niveles desde el táctico hasta el estratégico, que no se puede obviar, y en la que hay espacios organizativos en los que la intervención política ha de hacerse con prevención y no de manera sistemática por lo que de desajuste incorpora para los niveles de decisión más bajo y las reacciones a las que obliga.

La política, en su día a día, no debe de trasladarse al ámbito de las Fuerzas Armadas sometiendo a estas a sus vaivenes y tensiones. Estas están para cumplir las finalidades que se le marcan y no para hacer política. El control de la organización republicana por parte de comités, según da cuenta el autor, fue otro obstáculo para que su marina funcionase de un modo eficiente, cosa muy difícil cuando permanentemente se cuestionan las órdenes que se reciben.

También es relevante el control y centralización de las comunicaciones que fue decisiva para el fracaso de la sublevación en la Armada. Y no puedo dejar de decir que me enorgullece que fuera mi abuelo, Federico Aznar Bárcena, citado varias veces en la obra y en otros momentos de su carrera, ayudante personal del Almirante Miranda, uno de los responsables en los años 20, de la implantación de un eficaz sistema de mando y control basado en las telecomunicaciones.

En fin, el principal valor del libro que nos ocupa es el presentar un estudio historiográfico desarrollado con solvencia científica accesible al público en general y relacionado con un ámbito relativamente inexplorado. Para ello, se ha buscado una aproximación técnica e imparcial, que supere la carga ideológica y hasta fideísta que, no pocas veces, incorporaban las referencias tradicionales.

---

*Recensión recibida: 20 de octubre de 2023*

*Recensión aceptada: 17 de enero de 2024*

---